EL MALTRATO PSICOLÓGICO / EMOCIONAL COMO EXPRESIÓN DE VIOLENCIA HACIA LA INFANCIA

AGUSTÍN BUENO BUENO

Profesor de Psicología Social de la Universidad de Alicante.

RESUMEN

El presente trabajo se centra en el concepto de maltrato emocional, o psicológico, en contraste con los otros tipos de maltrato a la infancia. Propone una clasificación dentro del maltrato emocional y analiza las distintas categorías propuestas.

PALABRAS CLAVE:

Maltrato, maltrato emocional, infancia, familia, intervención social.

I. INTRODUCCIÓN

El maltrato, sea del aspecto que sea, físico o psicológico, personal, familiar o institucional, paterno-filial, de pareja o senil, es una forma negativa y agresiva de relación personal violenta, que tiene una honda repercusión en el desarrollo psicológico. Si cabe, esta afirmación inicial es aún más taxativa durante todo el periodo de infancia y adolescencia.

Pero esta afirmación inicial sobre la trascendencia del maltrato en la infancia puede quedar oscurecida por las dificultades para determinar qué se entiende por maltrato y las posibles manifestaciones del mismo. Es comúnmente aceptado que “existe una cierta dificultad para aproximarse al concepto de maltrato infantil de una manera objetiva y analítica” (San Juan, C. y De Paúl, J., 1996). Ocurre algo semejante al concepto de agresión en la literatura psicológica más sólida, que hace falta introducir los matices de intencionalidad o de calificación social para que un mismo acto pase de ser una agresión a ser una acción benéfica (Bandura, 1973). Determinadas actuaciones educativas, o correctivas, encuentran en esta ambivalencia su clave de discusión.

Inicialmente, el maltrato infantil estuvo totalmente identificado con el maltrato físico. R.S. Kempe y C.H. Kempe (1979), en su obra emblemática sobre el maltrato infantil, afirman: “el maltrato infantil supone la existencia de un niño golpeado”, aunque, luego, al hacer el análisis central del problema considera, efectivamente, entre las conductas de maltrato, la violencia física, el abandono físico o negligencia, el maltrato emocional y los malos tratos sexuales. Idéntica clasificación hacen E. Gracia y G. Musitu (1994). Por su parte, C. Moya (1993), en un tratamiento del tema desde los mismos servicios de protección a la infancia, desdobra el abandono en físico y emocional, sin ampliar éste al nivel de maltrato. Para finalizar este breve recorrido conceptual por el maltrato, es inevitable referirnos a la obra de A. Martínez y J. De Paúl (1993), que hace una primera distinción entre maltrato intra y extrafamiliar y abre la tipología del maltrato intrafamiliar a las siguientes categorías: maltrato físico, maltrato por negligencia, abandono (como grado extremo de la negligencia), maltrato o abuso emocional, abuso sexual, maltrato prenatal y síndrome de Münchhausen por poderes. Es la variante mayor de todas las clasificaciones encontradas, si bien podríamos decir que las diferencias entre algunas categorías son más funcionales que conceptuales y no todas excluyentes entre sí.

Continuando con esta matización de conceptos y entrando en lo específico de nuestro tema, encontramos el término *maltrato psicológico*, acuñado en contraposición al de *maltrato físico*, como una denominación muy poco feliz. En primer lugar, porque la contraposición entre maltrato físico y psicológico es una contraposición sólo aparente, pero que además acarrea graves consecuencias tanto en investigación, como en intervención y quizás también en legislación.

Es fácil considerar que se puede dar maltrato psicológico sin que haya maltrato físico, pero no es tan sencillo separarlos a la inversa: cuando hay maltrato físico se puede afirmar que casi siempre hay daño psicológico. Esta superposición con frecuencia enturbia los estudios sobre prevalencia, etiología y consecuencias del maltrato. Esta realidad queda claramente reflejada en los resultados del análisis discriminante de E. Gracia y G. Musitu (1994): “La categoría Negligencia queda relativamente bien definida a partir de las variables anteriores, con un 82,35% de los casos correctamente clasificados por la función discriminante. Sin embargo, y por otra parte, la función discriminante no permite distinguir con la misma precisión los grupos de Maltrato Físico y Emocional, (...)” (p. 63). Igualmente, confunde o disminuye el alcance de los programas de prevención e intervención.

Parece, pues, más acertado hablar de *maltrato emocional*. Esta denominación evita la contraposición terminológica y a través de ella la

conceptual. Además, así se facilita la consideración conjunta del problema del maltrato, su diagnóstico psicológico y las estrategias de intervención, sin que induzca a pensar que son fenómenos autoexcluyentes.

II. ¿QUÉ SE ENTIENDE POR MALTRATO EMOCIONAL?

Kempe y Kempe (1979) indican a este respecto “que son actos nocivos, sobre todo verbales, diciéndole constantemente al niño que es odioso, feo, antipático, estúpido, o se le hace ver que es una carga indeseable. Puede incluso no llamársele por su nombre, sino que se le trata simplemente como ‘tú’, o ‘idiota’ o de otro modo insultante (...)” (p. 36). Se trata de una descripción muy concreta de lo que pueden ser algunas conductas expresivas del rechazo emocional, pero, a poco que reflexiones sobre realidades y vivencias, el fenómeno del maltrato emocional puede ser mucho más amplio. Ya estos autores apuntaban que los malos tratos emocionales desempeñan un cierto papel en todos los abusos y negligencias físicas y su presencia en casi todos los casos que observamos resulta muy evidente.

Una concepción más elaborada, dentro de la gran dificultad que representa cualquier fenómeno emocional, la encontramos en M.I. Arruabarrena y J. De Paúl (1994) que consideran el maltrato emocional como “la hostilidad verbal crónica en forma de insulto, desprecio, crítica o amenaza de abandono, y constante bloqueo de las iniciativas de interacción infantiles (desde la evitación hasta el encierro o confinamiento) por parte de cualquier miembro adulto del grupo familiar” (p. 31). Como complemento, definen el abandono emocional como “la falta persistente de respuesta a las señales (llanto, sonrisa), expresiones emocionales y conductas procuradoras de proximidad e interacción iniciadas por el niño y la falta de iniciativa de interacción y contacto, por parte de una figura adulta estable”. Podemos decir que son las dos vertientes activa y pasiva de una relación emocional negativa.

Pero lo que no resulta tan claro es que la actividad emocional de signo negativo (maltrato emocional) sea exclusivamente de carácter verbal. La forma de vestir a un niño, la forma de reprenderle o castigarle, las actividades que se le obliga o induce a hacer, etc., pueden tener un marcado signo de rechazo emocional.

J. Garbarino (1986) matizaba el concepto de maltrato emocional en cuatro subgrupos: rechazo, aterrorizar, aislamiento e ignorar. Pero exigiendo para que se pueda hablar de maltrato emocional en esos cuatro supuestos, el que se den con persistencia y continuidad y el que sean acciones claramente perceptibles.

Todavía no llegan los cuatro subtipos de Garbarino a cubrir toda la gama de conductas posibles productoras de maltrato emocional, y quizás sea un objetivo inalcanzable e incluso no deseable el pretender matizar con detalle las formas concretas de maltrato emocional. J. Giovannoni (1991), tras constatar la pluralidad de fenómenos que se engloban en el maltrato psicológico intrafamiliar, defiende distintas clasificaciones según que se esté pensando en objetivos de diagnóstico, de intervención o de diseños de política social. En este último extremo, Giovannoni constata la dificultad de actuación por la intromisión y cruce de poderes que supone el marcar unas determinadas pautas educativas, que en realidad es donde aparecen los episodios de maltrato psicológico o emocional.

En nuestro caso, hablamos de maltrato emocional refiriéndonos a *aquellas conductas dirigidas intencionalmente por un adulto hacia un niño, que producen en él daño interno a través de sentimientos negativos (desvalorización, desestima) hacia su propia persona sin justificación ni necesidad.*

Supuesto esto y puesto a discusión, vamos a constatar dos elementos característicos del maltrato emocional, aunque no del todo ajenos también al maltrato físico.

El impacto emocional de la conducta de una persona sobre otra es muy relativo. Va a depender, sobre todo, de la forma en que esa conducta sea percibida por el niño, por el receptor.

Podemos decir que el impacto emocional es cognitivo y, por lo tanto, no tiene valor universal ni constante. Es susceptible de interpretaciones diversas como cualquier conducta verbal en función del tono, de matices y contexto de la frase; o como una conducta no-verbal en términos de captación del significado y alcance de los gestos.

Al mismo tiempo, el impacto emocional de una conducta adulta en un niño adquiere valoración negativa en función de los términos de comparación de conductas que utilice el sujeto.

Los términos de comparación a utilizar por el sujeto pueden ser de dos clases:

- Las conductas habituales de trato a los otros niños en ese mismo medio social y cultural.
- Las conductas habituales de trato a ese niño por otras personas.

Esta relatividad de la interpretación de las conductas es lo que hace especialmente difícil la intervención y prevención en los casos de impacto emocional negativo.

Puede decirse que esta dificultad es también inherente a los malos tratos físicos, pero su alcance es sensiblemente menor. Podemos encontrar niños para los cuales el acostarse sin cenar, o el recibir una

paliza de su padre, no sea vivido como maltrato, y, en cambio, acuse de ofensor al profesor que le ha dado un empujón al entrar a clase (*"porque a mí sólo me pega mi padre"*). Esta vivencia es absolutamente real y no algo anecdótico y extraño. Pero si se quieren investigar las palizas, o la desnutrición, hay mejores vías que éstas para clarificar el desprecio íntimo que supone decirle a un niño *sucio*, o *sentarle a él sólo en una esquina de la clase*, o *mandarle fregar el suelo que ha ensuciado*.

La dificultad para objetivar el impacto emocional se hace mayor cuando se refiere a conductas que representan formas culturales establecidas y aceptadas. En la sociedad occidental, el niño está adquiriendo cotas de respeto y dignidad perfectamente justificadas pero impensables todavía para otras culturas. Por ello, no debe extrañarnos que los/as niños/as procedentes de esas culturas, y recién insertados aquí, no vivan como daño emocional lo que para nosotros sí lo es.

Esto, evidentemente, debe cuestionarnos nuestros modelos de intervención en casos procedentes de otras culturas. No hay que ignorar el problema, pero tampoco hay que creárselo a ellos de manera forzada. Los procesos paulatinos de inmersión cultural –sin perder su origen– es lo que hará cambiar el concepto de normalidad y el de daño. Cuando esta concienciación vaya apareciendo es cuando el profesional puede actuar de manera directa.

Otra situación completamente distinta es la que se da en el maltrato emocional vivido por un niño respecto de su profesor o respecto de un familiar, porque su/s vínculo/s afectivo/s anterior/es le han tratado con tal miramiento que es incapaz de soportar una broma o un reproche, o una conducta del adulto entre el desprecio y el reproche. En estos casos podemos hablar de daño emocional pero no de maltrato.

Como ocurre en el daño físico, si un alimento es dañino para un niño, y el responsable del comedor no lo sabe, lo que le ocurra al niño al tomarlo será un daño físico, pero el responsable del comedor no ha sido un maltratador. Situaciones equivalentes hay muchas, que calificamos por lo general como *desgracias o hipersensibilidad del niño/a*.

A la inversa también es analizable la relatividad del maltrato emocional, así como la del físico, aunque éste en menor grado. Un niño muy acostumbrado a los malos tratos, procedentes, física o emocionalmente, de las figuras iniciales de apego, puede demandar un trato agresivo o humillante como forma satisfactoria para él de relacionarse con otros adultos. Lógicamente, estamos ante casos de contenido patológico importante en el desarrollo de esa persona.

No obstante, la actuación aquí es menos compleja de analizar. Salvo que el nuevo adulto tenga una patología complementaria o una

ignorancia acusada, no tiene sentido entrar en el juego relacional de ese niño. Un trato positivo continuado será el mejor antídoto y el mejor acompañante de cualquier proceso terapéutico.

III. CLASIFICACIÓN DEL MALTRATO EMOCIONAL

Ya hemos visto en el apartado anterior las clasificaciones de Arrubarrena y De Paúl (1994), así como los subtipos de Garbarino (1986), ahora vamos a representar inicialmente en esquema los distintos tipos de maltrato emocional que, a nuestro juicio, se pueden dar en la relación adultos-niños. El hilo conductor nos lo facilita el maltrato físico por la sencilla razón de que es difícil pensar en un auténtico y claro maltrato de tipo físico que no lleve emparejado un maltrato emocional.

Con frecuencia, la acción violenta que produce el daño físico es la misma que produce el impacto emocional. Diríamos que en muchas ocasiones hay daño emocional en un niño porque ha habido violencia física, aunque no haya mediado palabra ultrajante, ni despreciativa. Por ejemplo, una simple y seca bofetada de un adulto, sin más comentarios ni gestos, pero dada a un/a adolescente en presencia de amigos y amigas será considerada por él más como dolor emocional que como daño físico.

Por otra parte, es incuestionable el hecho de que pueden haber sentimientos de rechazo, hastío, burla, desprecio, etc., hacia el menor, que se expresen de manera exclusiva con palabras o gestos no-verbales, pero sin violencia física de ningún tipo. Incluso este tipo de maltrato exclusivamente emocional puede ser el más frecuente en niveles socioculturales medios y medios altos, donde el empleo de la fuerza física como instrumento disciplinar no es tan frecuente, como no lo es tampoco como medio de vida.

El otro criterio de clasificación es la frecuencia con la que ocurre el maltrato emocional. Podemos encontrarnos con acciones desvalorizantes del adulto hacia el menor que constituyen el tono habitual de la convivencia entre ambos, son como el estilo de vida de esa familia o de esa relación institucional. En cambio, puede haber comportamientos puntuales del adulto muy cargados de daño emocional, pero diluidos entre otros de carácter neutro e incluso muy positivos. El impacto emocional resultante puede ser de cualquier signo, y sería inútil pretender fórmulas combinatorias. Lo que sí es sabido es que la ambivalencia emocional de un persona adulta, y sobre todo referida a una faceta concreta de la conducta del niño, puede tener repercusio-

nes negativas para el desarrollo del autoconcepto infantil y de sus aptitudes.

MALTRATO EMOCIONAL PARALELO AL ABANDONO O AL MALTRATO FÍSICO	<p><i>A) De carácter general</i> No están cubiertas sus necesidades básicas, ni las físicas ni las afectivas: abandonos, desamparos, desidia alimenticia, (...), la agresión física es forma habitual de relación.</p>
	<p><i>B) De carácter concreto</i> Hay agresión física: palizas, heridas, etc., pero unidas a insultos, desprecios, humillaciones, (...), y ocurridas de manera puntual, aunque con mayor o menor frecuencia.</p>
MALTRATO EMOCIONAL SIN ABANDONO NI MALTRATO FÍSICO	<p><i>C) De carácter general</i> Forma habitual de vida en la cual no hay agresión física ni carencias básicas, pero hay trato de inferioridad para el o los maltratados: en comidas, vestuario, tareas, insultos, (...) (síndrome de la Cenicienta).</p>
	<p><i>D) De carácter específico</i> Aparecen actuaciones determinadas en una situación concreta: humillaciones, vejaciones, desprecios, o insultos, (...), pero esporádicos.</p>

TIPOS DE MALTRATO EMOCIONAL

Se podrían introducir otros criterios clasificatorios del maltrato emocional infantil, tales como distinguir los posibles agentes dentro del ámbito familiar (padre, padrastro, madre, madrastra, hermano, etc.), del ámbito institucional más cercano al menor (profesores, educadores u otros profesionales) e incluso de las grandes instituciones (judicatura, administración local, autonómica,...)¹.

Dentro del contexto familiar podríamos distinguir aún el maltrato físico y/o emocional como exclusivo hacia uno de los miembros –es lo que hemos llamado *síndrome de la Cenicienta*– frente al maltrato físico y/o emocional hacia el conjunto del grupo familiar, como característica del clima de familia.

¹ Puede ser interesante apuntar aquí el contrasentido en el que se cae al hacer coincidir el *defensor o comisionado del menor* en una persona de la administración que, a su vez, puede ser la responsable directa o indirecta de situaciones de maltrato.

IV. ANÁLISIS DE LOS TIPOS DE MALTRATO EMOCIONAL

De cada uno de los cuatro tipos de maltrato emocional que hemos señalado antes en el esquema, podemos hacer un pequeño desglose.

En primer lugar, el maltrato emocional de tipo A es el que con más facilidad salta a la vista. Se localiza en las zonas más deterioradas de las poblaciones, en condiciones de vida y vivienda por lo general muy bajas. Suelen ser casos conocidos suficientemente por los vecinos y por los técnicos de la intervención social. Es frecuente que sea toda la familia la que viva en tales condiciones, afectando especialmente al grupo infantil; pero puede darse sólo en alguno o algunos de los miembros². Es fácilmente denunciable por ir unido al maltrato físico, y su comprobación resulta así más objetiva.

Otra cosa es que el niño/a no sea consciente de ese maltrato porque no conoce otra forma de vivir. Si pervive en ese ambiente lo lógico es que lo acabe interiorizando como una forma normal de relacionarse y que más adelante lo reproduzca en sus etapas juvenil y adulta.

Sólo en la medida en que esos menores conozcan a fondo otra forma de vivir, y la conozcan antes de que el deterioro ambiental haya cristalizado como deterioro personal, podrán entrar en crisis por comparación de ambientes y estilos de vida, y podrán generar –con ayuda– mecanismos de cambio.

El tipo B de maltrato emocional que hemos señalado se caracteriza, además de por su vinculación con el maltrato físico y por el hecho de que no es la forma habitual de vida, por el hecho de que ambos se pueden reforzar recíprocamente. El daño emocional incrementa el dolor físico y ciertos daños físicos acentúan el sufrimiento interior de la persona.

Según el tipo de violencia física que se produzca, la humillación puede ser mayor. Tal es el caso de la agresión sexual, o el obligar a comer sobras o alimentos en relativas malas condiciones. En cambio, hacer dormir a un niño en el suelo puede ser tomado por el niño como poco amenazante.

Por el contrario, un castigo físico liviano, como puede ser una bofetada sin más añadidos, puede adquirir un significado de gran gravedad para el niño/a si se la ha propinado en presencia de colegas o rivales. Igualmente, unos azotes en las nalgas, poco dolorosos físicamente, pueden suponer un gran dolor emocional si se le dan haciéndole desnudar esas partes previamente.

² La situación del maltrato focalizado en un miembro exclusivamente lo veremos en el tipo C, por ser la situación más frecuente de exclusividad.

En estos episodios de maltrato físico y emocional conjunto pero circunstancial, es cuando se pueden producir las consecuencias imprevisibles más graves. Es fácil que haya una pérdida de control en el agresor, y que se vaya produciendo *in crescendo* la violencia hasta llegar a límites lamentables.

Es en este tipo de casos donde con más frecuencia se buscan desencadenantes causales de la violencia. Puede ser que se atribuya a una conducta inicial del niño: obstinada, insolente, absurda, etc., que resulta insoportable y provoca las iras del adulto. Una vez que el adulto airado inicia la reacción de agresión, ambas conductas (la del niño y la del adulto) se potencian circularmente: –llanto infantil–ira del adulto–llanto obstinado del niño–reacción agresiva del adulto–incremento de la obstinación infantil–incremento de la agresión adulta – ...

Cuando la atribución de causalidad se hace sobre el adulto, su descontrol suele explicarse, en primer lugar, por el consumo de alcohol o de drogas de otro tipo, que le han llevado a una baja resistencia a la frustración y a una desinhibición de los impulsos agresivos.

En los casos –no tan infrecuentes– en los que no se puede aducir el consumo de drogas por el adulto, se explica la agresión por el elevado grado de estrés y cansancio acumulado que ha convertido en insoportables las reacciones del niño/a. Esta explicación es la más frecuente cuando la agresión procede de la madre biológica del menor maltratado.

Por último, dentro de este apartado, se podría incluir, aunque salvando las distancias, lo que podríamos denominar malos tratos rituales. Son esos casos en los que se realizan daños físicos, lesiones graves y aún la muerte, unido a vejaciones, llevado el adulto/s de un rechazo emocional previo y global hacia el menor: la posesión diabólica o algún otro tipo de maleficio. Diríamos que aquí el maltrato emocional precede al físico, además de acompañarle, y está implícito en el diagnóstico previo que el adulto hace de la conducta del niño.

El maltrato emocional de tipo C puede ser generalizado hacia todo el grupo familiar o escolar o institucional, pero no es lo más frecuente. Cuando se da tal situación estamos o ante un planteamiento educativo absolutamente negativista o bien estamos ante una persona de autoridad totalmente engreída o amargada. No descartamos tales situaciones, pero el prototipo del modelo C es el menor –hijo/a, alumno/a, etc.– no querido, no deseado, rechazado, por las razones que sea, dentro del contexto al que nos referimos.

Se trata de un maltrato que, sin grandes estridencias externas, y por ello a veces ignorado por las figuras de autoridad superior, afecta

de manera más honda al individuo y puede producirle a largo plazo un fuerte daño psicológico.

Este tipo C significa que, dentro del grupo familiar o del grupo escolar o institucional, este menor es considerado de inferior categoría y tratado como tal por la/s figura/s de mayor autoridad, sin que encuentre un contrapeso suficiente en el grupo para significarse de manera positiva.

Si nos centramos en el grupo familiar hay que presuponer que en esta situación, si hay pareja, los dos miembros desprecian al menor, o bien que uno desprecia y el otro consiente. Por eso lo hemos caracterizado como *síndrome Cenicienta*. Es frecuente que el menor con este tipo de maltrato sea hijo/a de una pareja estable anterior de la madre, o hijo de madre soltera inicialmente aceptado por su actual pareja. La madre en esta situación no se atreve a frenar a su compañero actual por miedo a perder cualquier beneficio percibido por ella. Hasta hace unos años, en nuestro país, y aún ocurre en países latinoamericanos, estos niños van, inicialmente y por bien de paz doméstica, a un centro de menores, y acaban siendo abandonados allí por pérdida de contactos.

Mirando a la intervención en este tipo de casos, es sin duda la terapia familiar la opción indicada, en ventaja frente a cualquier otro tratamiento de carácter individual.

El maltrato emocional de tipo D, que, como el anterior, ya dijimos que son los más frecuentes en personas de clase media y por tanto los más frecuentes, acentúa aún más su incidencia por la sencilla razón de que no se trata de una conducta extrema ni continua. El hecho de que no se trate de una conducta continuada no quiere decir que sea algo aislado, más bien diríamos que nos referimos a un goteo despreciativo discontinuo pero alargado durante gran parte de la infancia y adolescencia.

La puerta de acceso al conocimiento de este tipo de problemas difícilmente será antes de la adolescencia si se trata del ámbito familiar, y se producirá a través de la manifestación directa del propio menor a una persona de confianza (familiar, profesional o amiga) en un momento de crisis.

El alcance de este maltrato emocional puede variar en función no sólo de la frecuencia de los episodios, sino también según el número y cualidad de los adultos maltratantes y de las facetas respecto a de las que se de el maltrato. No va a ser lo mismo que padre y madre adopten de vez en cuando este tipo de conductas, o que lo haga sólo uno de ellos mientras el otro/a contrarresta con valoraciones positivas o mientras el otro/a permanece indiferente.

Va a ser difícil en estos casos hacer un diagnóstico preciso del maltrato emocional como algo global. Más bien va a ser interesante y útil hacer un estudio del autoconcepto del menor y de las imágenes que guarda de los adultos referenciales.

Antes de finalizar este epígrafe hay que señalar la proximidad que hay entre este maltrato emocional de tipo D y el *chantaje afectivo*: si haces lo que yo quiero eres bueno y te valoro; si haces lo que no quiero, eres malo y te desprecio.

V. CONSECUENCIAS PSICOLÓGICAS DEL MALTRATO EMOCIONAL

Las consecuencias psicológicas de cualquier proceso o hecho traumático son polimórficas y difíciles de precisar. Las dificultades principales radican, en primer lugar, porque un mismo síntoma puede responder a varias causas o determinantes, los cuales con frecuencia se entrecruzan en la vida de las personas; y, en segundo lugar, la dificultad aumenta porque algunas consecuencias no aparecen hasta después de muchos años, en concreto, cuando el menor ha alcanzado una edad en la cual los aprendizajes vicarios interiorizados facilitan la inversión de los papeles del maltrato.

Los estudios sobre repercusiones del maltrato están referidos exclusivamente al maltrato físico, entre otras razones por la dificultad que hemos apuntado al principio de aislar lo físico de lo psicológico o emocional. Por esta misma razón, la mayor parte de las repercusiones que se constatan en el maltrato físico son aplicables al emocional, quizás con la excepción de la violencia física, pero aún esto habría que comprobarlo de manera más precisa.

A este respecto, Kempe y Kempe (1979), que siguen siendo la referencia más directa en este punto, indican las siguientes alteraciones sintomáticas del maltrato en general:

- Sumisos y ansiosos de agradar ante desconocidos (médicos, ATS, Trabajadores Sociales).
- Síntoma de *demonio*: negativistas, agresivos y con frecuencia hiperactivos.
- En ocasiones, mezcla de los dos grupos anteriores.
- Dificultad para reconocer sus propios sentimientos y para hablar de los mismos: inclinaciones, simpatías, su soledad, su angustia, sus gustos. No se permiten bromas, alegrías,...
- Tienen una deficitaria imagen de sí mismos, como consecuencia de lo anterior.

- Comportamiento autopunitivo, relacionado con la deficiente imagen de sí mismos. No se permiten la diversión.

Centrándonos en la repercusión primaria, la que se puede apreciar en los mismos años de infancia y adolescencia, podemos afirmar que la consecuencia más generalizada del maltrato es el deterioro del autoconcepto y la pérdida de autoestima.

Cuando la pérdida de autoestima llega a niveles extremadamente bajos, estamos ante una persona en repliegue total sobre sí misma, y por tanto en depresión grave, que puede llevar a la necesidad de construir espontánea o artificialmente un mundo de fantasía donde pueda desempeñar un papel distinto al que desempeña en la vida real.

Otra derivación de una historia de maltrato fuerte que llega a niveles severos de desestima es la pérdida de la propia dignidad. Cuando la experiencia interiorizada de dolor, humillación, desprecio, es tan grande como para no poder revelarse, ni cuestionarse su situación, ni para pedir ayuda de superación –no de subsistencia– estamos ante un individuo dispuesto a todo. Desconfía de todos, porque si él no se aprecia a sí mismo ¿quién lo va a estimar? No tiene miedo a lo que le pueda ocurrir, porque ya le ha ocurrido de todo. No le importa el dolor ajeno, porque la vida es así, dolor, desprecio... Y una vez que se ha perdido la dignidad, la conciencia de ser persona y vivir entre personas, con derechos y obligaciones, da igual todo y el individuo es refractario a cualquier ayuda que suponga superación, dignificación.

He querido señalar primero el cuadro fuerte de las repercusiones porque hasta llegar a ahí cada individuo puede recorrer y aparcarse en mil vericuetos del camino. Los más suaves serán sentimientos de inferioridad, de culpa, porque ha interiorizado que él/ella es malo/a y merecedor/a de todo lo que le han dicho o hecho; reacciones de retraimiento y desconfianza inicial hacia los adultos, de agresividad fácil hacia personas y objetos; reacciones de suspicacia, de hipersensibilidad a comentarios y actitudes ajenas hacia él o ella.

A continuación, presentamos un cuadro realizado conjuntamente con los educadores y educadoras del Centro de Vida de Nazaret en un proceso habitual de investigación-acción, en el cual aparecen agrupadas algunas consecuencias del maltrato infantil detectadas en la intervención educativa con los menores.

VI. REPERCUSIONES OBSERVADAS EN LOS CASOS DE MALTRATO

RESPECTO A SÍ MISMO/A	<ul style="list-style-type: none">• Sentimiento de inferioridad.• Baja autoestima.• Resistencia a reconocer sus fallos y a asumir responsabilidades.
RESPECTO A OTROS NIÑOS/AS	<ul style="list-style-type: none">• Tendencia a ir con niños más pequeños.• Retraimiento en la convivencia.• Mentiras fantásticas.
RESPECTO A ADULTOS	<ul style="list-style-type: none">• Desconfianza en el adulto.• Refugiarse en la mentira y mentir sobre su propia familia.• Ocultación de sentimientos.
RASGOS DE CARÁCTER O GENERALES	<ul style="list-style-type: none">• Sumisión.• Dificultad para dar y recibir afecto (Bloques afectivos).• Ensoñación.

Ofrecemos la anterior sintomatología a título indicativo, no demostrativo. Ni cuando encontremos alguno de esos rasgos podemos afirmar, sin más, que estamos ante un caso de maltrato emocional ni, al contrario, cuando estemos ante un caso de maltrato tenemos por qué esperar todo ese cuadro de reacciones. La agrupación que ofrecemos nos puede ayudar, cuando en un niño o niña se dé un grupo importante de estos síntomas nos puede inducir a profundizar en un diagnóstico confirmatorio o no de maltrato emocional y/o físico.

VII. LÍNEAS DE INTERVENCIÓN

No pretendo dar aquí recetas de intervención. Intentarlo requeriría más espacio y profundidad, pero es evidente que si estudiamos el problema de los malos tratos es pensando en generar caminos de actuación.

No obstante, y a modo de síntesis, habrá que distinguir procesos de intervención según sea la situación del menor y de la familia. En cualquier caso, y siempre que el niño o el joven mantenga contacto con la familia, la intervención habrá de hacerse sobre todo el núcleo familiar. Los objetivos de esta intervención habrán de tener dos grandes áreas de incidencia: la educativa, de cambio de creencias, modelos educativos, pautas, actitudes; y la terapéutica, buscando la revisión de los sentimientos, lazos afectivos y vivencias antiguas tanto de índole personal como grupal.

El objetivo general en la intervención directa con el menor, sea en el seno del grupo familiar o sea de manera individual por las circunstancias que lo acompañen, siempre estará en la constelación de la autoestima, la revalorización de la persona desprestigiada, pasando por experiencias y valoraciones que clarifiquen el autoconcepto del niño o adolescente.

Por otra parte, y en términos más globales, la lucha contra el maltrato es signo elocuente de la evolución de una sociedad, y más aún si miramos al maltrato emocional independiente del físico. Esa lucha es en primer lugar una toma de conciencia de derechos y obligaciones propios y ajenos, de grandes y pequeños. Pero inmediatamente hay que empeñarse en la búsqueda de modelos de relación interpersonal que sean facilitadores del crecimiento total de la persona: del niño y de la niña, y también de los adultos.

En última instancia podemos plantear que la lucha contra el maltrato tiene su mejor camino en la promoción del *buen trato*.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRUABARRENA, M.I. y DE PAÚL, J. (1994): *Maltrato a los niños en la familia*. Madrid, Pirámide.
- BANDURA, A. (1973): Social learning theory of aggression. En J.F. Knutson (comp.): *The control of aggression*. Chicago, Aldine.
- GARBARINO, J. (1986): *The psychologically battered child*. San Francisco, Jossey Bass Inc. Pub.
- GIOVANNONI, J. (1991): Social policy considerations in defining psychological maltreatment. *Development and Psychopathology*, 3, 51 - 59.
- GRACIA, E. y MUSITU, G. (1994): Tipología del maltrato: una conceptualización empírica. *Revista de Psicología Social Aplicada*, 4, 1, p. 53 - 72.
- KEMPE, R. S. y KEMPE, C. H. (1979): *Niños maltratados*. Madrid, Morata.
- MARTÍNEZ, A. y DE PAÚL, J. (1993): *Maltrato y abandono en la infancia*. Barcelona, Martínez Roca.
- MOYA, C. (1993): Algunas cuestiones relativas al proceso de toma de decisiones en los casos de malos tratos a la infancia. *Revista de Psicología Social Aplicada*. 3, 1, p. 73 - 83.
- SAN JUAN, C. y DE PAÚL, J. (1996): La representación social de los malos tratos infantiles: Un estudio de casos. *Revista de Psicología Social Aplicada*, 6, 1, p. 39 - 56.